



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

13 de junio de 1891

Núm. 189



EL GATO Y LAS GALLINAS

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

**S**EA esta plática de hoy ¡oh carísimos hermanos! para recomendaros la lectura de un libro que acaba de salir con el rótulo de *Ripios vulgares*. Su autor, D. Antonio de Valbuena, conocido también (¡y tanto!) con el pseudónimo de *Venancio González*.

No os convido con ello á ningún regocijado espectáculo, sino á una trágica serie de *ejecuciones*, á la manera que ciertas madres llevan á sus hijos á presenciar otras, *manu vile*, para que conserven eterna memoria del castigo.

Ya era hora de que se levantase una picota para atormentar en ella *coram populo* á los poetas malos (¡así se levantasen otras ciento para los malos prosistas, conformándome yo desde ahora con ser uno de tantos!). Las cosas han llegado á tal extremo que hace falta un D. Pedro *el Cruel*, ó digase un Valbuena, para poner algún orden en las graves alteraciones de la república literaria.

Yo desearía que leyerais este libro, y os horrorizariais del terrible escarmiento que les espera á los poetas malos en poder de Valbuena, y que, sobrecogidos luego de saludable terror, no volvierais á coger jamás la pluma para escribir versos pésimos (caso de encontraros incursos en tan fea clase de delitos).

Allí veréis cuán fácilmente se disparata cuando se habla en verso; cuán necesario es abrir un palmo de ojos para que no se escape algún gazapo; cuán expuesto está el que escribe en renglones desiguales á decir A por B y á sostener que son blancas las hormigas.

Mucha falta hace que se aclimate en España la crítica del linaje que la de Valbuena, y no he de negar que yo soy, si no el primero, uno de tantos que deben acusarse de pecado grave de lenidad, y aun de complicidad, en los desaguisados poéticos que se están cometiendo á diario. Yo, en efecto, aunque no en este lugar, he alabado versos malos, y, lo que es peor (*¡proh pudor!*), ¡sin haberlos leído siquiera! Me diréis que cómo pude saber entonces que eran malos. Pues sí: lo sabía, me constaba, porque ¡lo presentía!, como presentía el Cid, según Fernández y González, que con el tiempo había de haber en Burgos una catedral coronada por dos admirables torres.

A fe que la cosa es chusca, más que chusca, *chusquisima*, tratándose de mi humilde persona. Danme tanto horror los versos españoles contemporáneos (fuera de algo de Zorrilla, de algo de Espronceda, de algo de Selgas, Santos Alvarez, Campoamor, Bécquer, Florentino Sanz, Rueda y de algo más, no mucho), que para librarme de la peste he, desde hace largo tiempo, nombrado mis poetas de cámara á Gonzalo de Berceo, al



Arcipreste de Hita y al distinguido judío D. Sem Tob, anteriores todos ellos al funesto renacimiento que dió al traste con la poesía castellana para uncirla al carro de los italianotes. Sabido esto, ¿cómo podéis atarme por el rabo esa mosca que os he dicho de alabar á los poeticulos que me envían sus versécillos? Flaquezas de mi carácter bonachón, de mi carácter

1.—No tengáis miedo de los muertos



... la acariciaban y la daban frutas...

débil, que hace que cada día me sienta más poseído de admiración hacia mi amigo *Clarín*, *malleus scriptorum cursilorum*. Ese sí que lo entiende. Yo pienso siempre como él y como Valbuena; pero... no sirvo, lo confieso, no sirvo para ponerme á desollar herejes con la tranquilidad que lo hacen ellos.

Gran consuelo es, en estos tiempos de desvergonzada decadencia, enristrar la pluma y lanzarse á desfacer entuertos hechos al sentido común

Ayuntamiento de Madrid



y al habla castellana, movido por el noble afán de volver por los fueros de la gramática y de la sensatez. Abunda tanto la crítica reptiliana, el villano asalto á mano armada, la soez diatriba, engendro de la envidia y la impotencia; la censura pedantesca, la lisonja por salir del paso, la alabanza perezosa, que al salir á luz un libro justiciero debe saludársele como si apareciera un astro bienhechor, por crueles que sean sus rayos, fulminados exclusivamente, aparte de esto, contra los impertinentes moscones que se proponen desazonar á Apolo, envalentonados á veces por las complicidades de los encubridores literarios.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

---

## INDUMENTARIA

---

**M**ENAS hay región en que no sea indispensable el uso del vestido para preservarse de la intemperie, y, sobre todo, del rigor de la temperatura, ya en invierno, ya en verano. El cuerpo solo del hombre no está guarecido contra esta acción, de que tanto podría resentirse su salud. No tiene, como la mayor parte de los animales, una cubierta de pelos, plumas ó vellón más ó menos espesa que le proteja contra la inclemencia de la atmósfera, por lo cual ha tenido que recurrir á su industria, con lo que no ha hecho, en rigor, otra cosa que imitar á la Naturaleza de un modo más ó menos perfecto, según las exigencias de la moda y el grado de civilización á que ha llegado.

En el estado de salvajismo que caracterizaba á las primeras edades de la humanidad, estado del cual tantos restos existen aún hoy día, el hombre no tuvo otro recurso que cubrirse con pieles, que arrancaba á los animales muertos en la caza. Este traje primitivo es todavía hoy el de muchos pueblos bárbaros.

En los climas polares, los esquimales, los lapones y los samoyedos se visten de pieles de osos ó de renos, cosiéndolas toscamente. El cuero es impermeable á la humedad, pero los pelos de que está cubierto son los que forman la capa protectora del frío, á causa de su poca conductibilidad para el calor.

La temperatura del cuerpo humano es, poco más ó menos, la misma en todos los países y en todas las estaciones. La acción exterior no la modifica, por decirlo así; de suerte que lo que se procura evitar por medio del vestido es la sensación desagradable que nos causa el contacto de nuestra piel con el aire fuertemente caldeado por los rayos del sol, ó con el aire frío, y los accidentes que para nuestra salud resultan de tan brusco cambio.

Hay tres cosas que hacen á un tejido impropio para conducir el calor: la naturaleza de la sustancia de que está compuesto, su misma estructura y su



espesor. Por el primer concepto véase cómo se clasifican las diferentes sustancias, pasando de la más conductora á la que lo es menos, según los experimentos de Rumford: seda torcida, algodón ó lana, lana de cordero, tafetán, seda en rama, pelo de castor, edredón y pelo de liebre.

Vese que la seda es mejor conductora que la lana, y, como los tejidos de

2.—No tengáis miedo de los muertos



... fué á parar patas arriba, y el cura detrás de él...

seda son más tupidos que los de lana, estos últimos resultan doblemente ventajosos por su tejido y por la materia de que se componen.

La experiencia diaria confirma estos resultados, sacados de la inducción. Las ropas de lana son las que mejor preservan del frío, porque se oponen al paso del calor del cuerpo. En verano, y con tal que el tejido sea ligero, son también preferibles para detener los rayos del calor é impedir que lleguen hasta nuestro cuerpo.

Ayuntamiento de Madrid



Por otra parte, sabido es que el color no deja de tener su influencia, y que los trajes negros y los oscuros emiten calor con más facilidad que los de colores claros ó blancos; de suerte que en invierno son aquéllos preferibles á éstos, por cuanto favorecen menos la pérdida del calor del cuerpo. En verano los vestidos blancos ó claros absorben el calor con menos facilidad que los oscuros, y, por consiguiente, á igual conductibilidad, son preferibles á estos últimos.

Hay que advertir que no es el peso de la tela lo que hace que la ropa abrigue, sino la estructura dividida del tejido. Un edredón lleno de plumón fino y leve abriga más que las mantas más recias y pesadas.

Vese, pues, cuánto importa tener en cuenta las diferentes propiedades calorimétricas de los cuerpos, su conductibilidad, su poder radiante, absorbente y emisivo en las aplicaciones usuales relativas á lo que dejamos apuntado. Pero no es esto todo: hay que atender también á las indicaciones de la higiene, tan atendibles como las de la ciencia. Busquemos el calor en invierno y el fresco en verano; mas es preciso saber hasta qué límite debemos hacerlo, para que la salud, que es el equilibrio de las funciones de nuestro cuerpo, se mantenga constantemente en buen estado.

BENJAMÍN

## ¡ENTUSIASMO INFANTIL!

(CUENTO PATRIÓTICO AL DOS DE MAYO)

### I

Haciendo heroica resistencia al sueño,  
gozando del calor que á la cocina  
presta la llama del tajado leño  
que corta el hacha á la nudosa encina;  
en un pueblo que guarda Extremadura,  
y cuyo nombre á recordar no llevo,  
se hallaban de velada el señor cura  
y la honrada familia de un labriego.

### II

Sobre el viejo sillón de recio cuero,  
en señal de respeto y simpatía  
que inspirados há tiempo allí tenía,  
el preceptor severo  
de la palabra usaba,  
mientras que, absorta, la familia oía  
de labios del varón que veneraba  
y por sabio tenía,  
la leyenda de antiguo caballero,  
la descripción de mágico castillo

ó una historia de amores desgraciados  
que al traste fueron dados  
por un noble galán de horca y cuchillo.  
El cura á su oración no pone tasa,  
oye atento el cabeza de la casa,  
cambian los chicos señales de prudencia,  
y en aquella velada,  
por demás ordenada,  
tan sólo se propasa  
á mostrar su presencia  
un crecido mastín de torvo ceño,  
que, ante el hogar tendido  
y disfrutando reposado sueño,  
lanza en sordo compás recio gruñido.

### III

Hacia largo rato  
que el cura mantenía su relato,  
cuando, con bronco estruendo y voz incierta  
que hizo al noble lebrél perder su sueño



y levantarse en arrugado ceño,  
 llamaron á la puerta.  
 Paró la narración, cesó la historia;  
 de la casa el buen dueño  
 su asiento deja y al zaguán dió paso  
 á un militar, que, escaso  
 de paz y de reposo,  
 con gallardo ademán, timbrado acento,  
 en la aldea encontrándose de paso,  
 pedía, ya en la noche, alojamiento.  
 Lleno de admiración, quizá orgulloso  
 de alternar con el huésped valeroso,  
 con ese trato llano,  
 cariñosa intención y humilde tino  
 que emplea el campesino,  
 en la cocina entraron;  
 y, en señal de amistad que allí entablaron,  
 estrechando la mano  
 el labrador al bravo veterano,  
 sin que á su admiración pusiera tasa,  
 de este modo decía:  
 —No magnates harán su compañía,  
 que nobleza de sangre aquí es escasa.  
 Mis ofertas carecen de valía;  
 pero, ya que el destino aquí os envía,  
 disponed cual gustéis en esta casa.

## IV

Un momento después, vuelto el reposo,  
 que alteró la presencia del soldado,  
 el cura, deseoso  
 de añadir algo nuevo á sus leyendas  
 y vivir una vez en lo ignorado,  
 con acento curioso  
 suplicó les contara  
 las penas y reveses  
 que sufría batiendo á los franceses.  
 Y el bravo militar, que no se para  
 en pintar de la guerra el buen destino  
 cuando halla buena lumbre y mejor vino,  
 y pensando tal vez, como otras veces,  
 sus descripciones presentar con creces  
 y darlas la importancia  
 que en tal caso es prudente,  
 silencio impuso, y la aldeana gente,  
 con el afán que causa la ignorancia,  
 á oír se disponía,  
 acortando hacia el huésped la distancia,  
 cómo supo vencer, cómo abatía  
 la noble España á la orgullosa Francia.  
 —Empezad si gustáis,—el cura dijo.

Y el buen soldado, fijo  
 en la sangrienta historia  
 que, siendo de su ser el complemento,  
 encerraba su goce y su tormento,  
 con varonil acento y gallardía,  
 sin que le fuera ingrata la memoria,  
 ufano refería,  
 con entusiasmo por la madre tierra,  
 qué derrota sufrió quien nuestro suelo  
 talaba con los fueros de la guerra.  
 —¡Pobre España! ¡Aun hay quién te de-  
 decía en rudo embate. [fienda!—  
 Y, remontando el vuelo  
 de su recuerdo á la feroz contienda,  
 con toda la experiencia  
 que alcanza el que combate,  
 del francés les pintaba la exigencia,  
 y, sin hacer del entusiasmo alarde,  
 les habló de *Daoiz* y de *Velarde*  
 proclamando la santa independencia.  
 Lloró el dueño, al cura le alucina  
 la heroica narración,  
 la historia de una guerra se termina;  
 mas, buscando una digna conclusión,  
 el nombre resonó de una *Agustina*,  
 patriótica heroína  
 del pueblo de Aragón.

## V

¡Grandioso cuadro! En apartada aldea,  
 y al dudoso fulgor con que ilumina  
 la resinosa tea,  
 gozando del calor que á la cocina  
 presta la llama del tajado leño  
 que corta el hacha á la nudosa encina,  
 de labios de un soldado  
 que su oscuro saber deja probado  
 con estilo harto rudo,  
 escuchó aquella gente  
 cómo la España con su gloria pudo  
 seguir independiente.

## VI

Extraños comentarios  
 y sobre tal relato juicios varios  
 la concurrencia hacía,  
 cuando en esto un chicuelo,  
 que en lugar apartado se escondía  
 y con otros muchachos conversaba,  
 con cauteloso celo





## Un amigo

la estancia abandonaba,  
llevándose el morrión, valiosa prenda  
destrozada al calor de la contienda  
del que allí relató suprema hazaña.  
Nadie del caso supo darse cuenta  
ni estorbo alguno á su proyecto empaña.

De nuevo se presenta,  
y, fija su atención en lo que intenta,  
ahuecando su voz cual sordo trueno  
y batiendo en la diestra frágil caña,  
prorrumpe en gritos, de entusiasmo lleno:  
—¡Abajo los franceses! ¡Viva España!

JULIO DE LAS CUEVAS

Ayuntamiento de Madrid



## PEPITO

(A MI QUERIDO PRIMO BERNARDO)

La noche era fría y despejada.

La luna, con luz tenue y blanquecina, iluminaba las calles, que á menudo eran cruzadas por alegres grupos que con zambombas y pande-retas causaban gran estrépito.



Un ratón de perspicaz ingenio

Junto á una puerta estaba acurrucada una niña de unos nueve años, de cuyos ojos brotaban abundantes lágrimas, y á intervalos se escapaban de su garganta ahogados sollozos arrancados por el hambre, el frío, la pena que oprimía su corazón, y por los recuerdos, en fin, que al sonido de la pande-reta acudían á su mente.

Ayuntamiento de Madrid



Cada vez que oía algún ruido, por insignificante que fuera, temblaba y procuraba reprimir el llanto para no ser oída.

Sencillamente te harás cargo de que con razón lloraba aquella angelical criatura.

Era, como habrás podido comprender, la noche del 24 de diciembre; noche que convida, más que otra alguna, á gozar, en el seno de la familia, de la felicidad sin límites que proporciona el recibir las caricias de los seres á quienes amamos y, como tradicional, comer en dulce amor y compañía la sopa de almendra, el mazapán y otras chucherías que de seguro no dejarán de gustarte. Pues bien: aquella tierna niña se veía privada de esa dicha y sentía su estómago vacío. Y lo peor es que conservaba muy bien en su memoria el recuerdo de otras Noches Buenas muy felices para ella: recordaba á sus padres y lo que había cantado y bailado junto con otras amiguitas suyas, y aun le parecía ver un comedor espléndido é inundado de luz, y un mullido lecho donde dormir sin frío después de haber recibido los besos cariñosos de su amante madre.

\*  
\*  
\*

Confusos llegaron hasta sus oídos algunos pasos que, cada vez más marcados, se aproximaban á ella; y más tarde pudo ver á un niño y una niña que, cogidos de la mano, iban acompañados de un hombre y se dirigían hacia la puerta donde ella estaba sentada.

Por la imaginación de la desgraciada niña cruzaron rápidas mil ideas. El temor y la sorpresa fué lo primero que atormentó su mente.

Los tres transeuntes se aproximaron á ella, y, mientras el hombre daba fuertes aldabonazos, dijo, dirigiéndose á la infeliz criatura:

—¿Qué haces aquí, rapazuela?

La niña, sobrecogida de temor, quiso contestar; pero un nudo que se le puso en la garganta se lo impidió y permaneció muda é inmóvil.

El hombre, con algo menos de aspereza, díjole de nuevo:

—Anda, vete á tu casa, que te vas á helar.

—¡Pepito, mira que es ocurrencia venir á tomar el fresco!—dijo riéndose la compañera del aludido, que, á su vez, no contestó. Al contrario, permaneció silencioso; y si no hubieran reinado las tinieblas, hubiérase visto rodar una lágrima por sus mejillas.

La puerta, por último, giró sobre sus goznes, dejó paso á los tres transeuntes, y, tornándose á cerrar, quedó otra vez la niña sola, envidiando ahora la felicidad de aquellos niños.

Poco á poco el cielo se había ido nublando y concluyó por caer copiosísima nevada.

La niña tiritaba de frío, y para evitarlo se embozó en un mísero mantoncillo, quedando á poco dormida, pensando en la Noche Buena y soñando luego

Ayuntamiento de Madrid



con lo que tanto anhelaba. Sus ojos estaban entreabiertos y en su boca se notaba una sonrisa angelical. Todo su cuerpo estaba dominado por temblor intenso, y á menudo una sacudida la hacía estremecer.

\*  
\* \*

Pepito siguió pensativo y silencioso: aquella criatura, desheredada de alegría y de caricias, habíale inspirado una viva compasión.



Las dos cervatillas

Subió con sus acompañantes hasta una sala, en la que había algunos señores y varios niños, que al ver entrar á los otros corrieron hacia ellos con grandes muestras de alegría.

Pepito no saltaba ni reía, sino que, pensativo, sin decir nada á nadie, estaba sentado en un rincón de la habitación.

Cuando todos se sentaron á la mesa, Pepito iba á hacerlo también; pero, cediendo á un impulso de su corazón, se acercó á su padre y, con voz cariñosa, después de darle un beso, dijo:

—Papá: ¿me quieres mucho?

El padre, extrañándose,

—¿Por qué lo dices?—exclamó.

—Para ver si accedes á lo que te pida.

Ayuntamiento de Madrid



—Pide, pues, lo que quieras,—dijo el padre, deseoso de saber las pretensiones de su hijo.

—Yo quisiera me permitieras que no cenara hoy.

Todos los concurrentes miraban extrañados á Pepito, sin poderse explicar lo que con su súplica pretendía.

El niño continuó:

—Y que subiera y que cenara en mi lugar una niña que he visto en la calle. Pero no te rías, no, que te lo pido porque sé que, si no, no cenaría bien, y con esto estaré muy contento.

El padre de Pepito se levantó y, sin balbucear una palabra, abrazó á su hijo: de sus ojos brotaron dos lágrimas de emoción y salió con él á la calle.

Pepito, con alegría, miró hacia donde estaba la niña y no pudo contener un grito, mientras su padre se adelantó á un bulto que había sobre la nieve, junto á la puerta, y vió á la niña á que se refería su hijo. Levantóla en sus brazos, y Pepito y su padre tornaron á subir.

La protegida estaba exánime, tal vez muerta.

\*\*\*

Era el día 1.º del siguiente año, y Pepito tenía lo que tanto deseaba: ¡tenía una hermanita!

La niña que había recogido á la puerta de su casa, agradecida en extremo, habiendo sido ahijada por los padres del niño, pagó tantos beneficios queriendo á aquéllos como á padres y á su salvador como á un hermano.

Tanto Pepito como su nueva hermanita eran felices y se querían con afecto tan grande como hermosos eran sus corazones.

ANGEL DE SAN PEDRO Y AYMAT

## NUESTROS GRABADOS

### EL GATO Y LAS GALLINAS

Dos gallinas se daban mucha importancia con los cuidados que por ellas se tomaba su propietaria, mientras que ningún caso hacía del escuálido Zapirón que andaba por allí, siempre con la panza gruñendo. El gato, sin embargo, contaba con una venganza sangrienta de las burlas que de él hacían sus vecinas, y, en efecto, llegó el día en que, estando bastante cebadas, la cruel comadre, aquella misma que las llamaba *sus hijitas*, las degolló sin compasión. Ténganselo entendido los que creen en la sinceridad de las caricias del avaro, suponiéndolas hijas del amor, cuando sólo tienen por mira el interés.

Ayuntamiento de Madrid



## NO TENGÁIS MIEDO DE LOS MUERTOS

Érase una mona bastante grande que vivía, allá por los tiempos del emperador Carlos V, en un magnífico castillo; y como era muy... pues eso, muy mona, y al par era dócil y se la dejaba ir por donde quería, todos la acaricia-



La araña, el espejo y la dama

ban y la daban frutas y otras golosinas, especialmente en casa de una buena señora que vivía cerca del castillo, la cual señora tenía dos hijos, muy discretos, ya crecidos.

Sucedió, pues, que, habiendo caído enferma la señora, no se separaba nunca la mona del cuarto en que yacía la paciente, y ni aun quiso salirse de allí cuando se murió, efecto del mucho cariño que tenía á la difunta. Como es natural, las mujeres de la casa lavaron el cuerpo de la muerta, pusiéronle

Ayuntamiento de Madrid



en la cabeza una gorra y luego la vistieron, hasta que, por fin, llegó la hora del entierro y se la llevaron.

La mona (que mona había de ser para darse á imitaciones) creyó, una vez se vió solita en el cuarto, que sería mucha monada ataviarse la cabeza como había visto hacer con la difunta, y cástate ahí que se encasqueta la gorra sucia, como si en su vida hubiese hecho otra cosa que tocarse; y, hecho esto, á camita, sin dejar ver fuera de las sábanas más que la cabeza. Llegan las criadas para arreglar la cama, ¡y allí de gritos y algazara! Bien lo supondréis. Ello es que, puesto el hecho en conocimiento de los hijos, y no menos asustados éstos al ver ocupada la cama por aquel endiablado endriago, acordaron llamar al párroco para que echase de casa la espantable aparición. El buen cura, que era hombre que se caía de bueno, mandó en seguida al monago á buscar la cruz y agua bendita, mientras lo cual comenzó á rezar los siete salmos penitenciales, juntamente con varias oraciones, animando á los hermanos, diciéndoles que quizás se habían engañado, y que, de todas maneras, no tuviesen cuidado alguno, pues bendeciría toda la casa, y con sus exorcismos conseguiría, Dios mediante, á echar de allí á los espíritus malignos. Comenzando, pues, á decir sus oraciones, cogió el hisopo, y andaba con el agua bendita rociando por todas partes. Por fin, lleno de intrepidez y haciendo de las tripas corazón, llega junto á la cama, y con el hisopo en la mano comienza á decir *Asperges me, Domine*, y á remojar á la mona.

Esta, antojándosele que el hisopo era un instrumento con que el buen párroco se disponía á pegarla, empezó á rechinar los dientes, con lo cual, creyéndose el párroco que se trataba de *Pateta* en persona, poseído de grandísimo miedo, dejó caer el hisopo y apeló á la honrosa estratagema de la fuga. Pero, ya antes que él, el monaguillo, dejando caer por tierra la cruz y el agua bendita, había exclamado: —¡Piernas, para qué os quiero!— huyendo por la escalera con tal terror que fué á parar patas arriba, y el cura detrás de él, de tal manera que se cayeron juntos, enredados como anguilas. Y gritaba el cura: —¡Jesús! ¡Jesús! ¡Señor! ¡Valedme!—Al estruendo de las dos caídas acudieron ambos hermanos, preguntando qué era aquéllо; pero buenos estaban el cura y su acólito para responder palabra, pues parecían talmente, de puro pálidos y despavoridos, como si hubiesen salido de una sepultura, y así permanecieron buen rato sin poder decir esta boca es mía. El monaguillo parecía un poseído y tenía rota la cara por tres partes. Por fin, el buen párroco, que se sentía maltrecho todo él, después de lanzar un grandísimo suspiro, dijo temblando: —¡Ay, hijitos de mi alma, que he visto al demonio en forma de vuestra señora madre!

La mona, entretanto, había saltado de la cama, y, brincando y haciendo mil cabriolas, llegó hasta la escalera, donde el domine estaba perorado. Llevaba en la cabeza el gorro de la difunta, é iba envuelta en una camisa arrollada, hasta que de un salto fué á parar en medio del grupo, lo cual fué lo mismo que echar á correr todos, más muertos que vivos, porque enverdad, y al



primer momento, parecía la difunta vieja. Por fin uno de los hermanos hubo de caer en la cuenta, no pudiendo contener la risa, tanto más violenta en cuanto la mona se entregaba á cada momento á mayores trasportes de brincos, zapatetas y extravagantes gestos, hasta que, por fin, con aquellos estrafalarios ropajes, se retiró al castillo. Ello es que la dichosa mona hubo de qui-



El domínó

tarles á los hermanos el natural sentimiento por la pérdida que acababan de experimentar, pues al pensar en lo ocurrido no podían contener la risa.

#### UN AMIGO

No lo tiene mejor nuestro hombre que ese perrito, fiel é inteligentísimo.  
Ayuntamiento de Madrid



animal que toma parte en todas las penas y alegrías de su dueño. Por lo mismo hace muy bien éste en quererle y acariciarle, regalándole con lo poco que está á su alcance.

### UN RATÓN DE PERSPICAZ INGENIO

Erase un ratón que nació en un cuévano abandonado en un granero, casa señorial (el cuévano) de una ilustre stirpe. Pero nuestro ratoncillo picaba muy alto: quería gozar de *más amplios horizontes*, y, así, un día, liando el petate, se fué del cuévano, resuelto á correr mundo. No le gustó éste, volvióse schopenhaueriano, y diciendo, como Fray Luis de León,

¡Qué descansada vida, etc.,

disponíase á regresar á sus patrios lares, cuando ¡zas! se le echa encima un gato (otros cronistas aseguran fué una gata) y se lo come.

*Et nunc erudimini.*

### LAS DOS CERVATILLAS

Es todo un poema. Obligada á emigrar sin pérdida de momento por *mor* de unos perros inciviles, tuvo una cierva que dejar abandonadas á dos niñas, digámoslo así, suyas. Encuéntralas otra cierva, y se obliga á ser su ama de leche. Vuelve la madre, creyendo muertas á sus hijas, y ¡oh alegría! las ve llenas de vida y robustez. Gracias á la buena cierva, ofrecimientos de que V. puede mandar, etc., etc.

### LA ARAÑA, EL ESPEJO Y LA DAMA

Érase una araña que penetró insolentemente en el tocador de una bella. El espejo le hizo ver algunas compañeras suyas medio asadas en un rincón del cuarto; pero, despreciando el aviso, púsose la bestiezueta á tejer su tela; invirtiendo en tal ocupación toda la noche, hasta que á la mañana llega la señora y, de un palo, la manda á paseo, toda descablada. Aviso á los que se afanan por cosas que han de durar poco.

### EL DOMINÓ

Madre é hija juegan á ese juego; pero lo de menos es que se entretengan en tan honesta diversión: lo que hay que notar es la preciosidad del dibujo, que con sólo *blanco y negro* resulta riquísimo de color.

---

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

---